# Un preso más y van...

Víctima de una constante e inicua persecución por parte de los perros policíacos, ha sido detenido y encarcelado en la Línea, nuestro compañero Miguel D'Lom.

¿Motivo? Sin duda, el de que D'Lom toma activamente parte en los mítines pro presos que se efectúan en la provincia de Cádiz, pues éste es el único *delito* cometido por nuestro compañero.

Así responde el Gobierno «renovador» a la campaña pro amnistía: aumentando los presos en las cárceles, prosiguiendo los atropellos a la libertad y al derecho de opinión, como los gobiernos antecesores.

El compañero D'Lom es uno de los muchos anarquistas que se ven incesantemente acosados por todas partes por los perros policíacos, sin otra justificación que la caprichosa ojeriza motivada por su actividad y energía en la propaganda.

Pero esto trae una consecuencia natural, que se da alguna vez: que el acosado por los perros tumbe alguno de éstos para librarse de sus mordiscos.

Y entonces los guardadores del... desorden ponen el ladrido en el cielo.

Pero no escarmientan...

# Razones y Palos

## El año que empieza

El nuevo año se ha demostrado, por lo que se refiere a la guerra, con manifestaciones de paz hechas por algunos *preeminentes* de las diversas naciones beligerantes. Por lo que se ve, temen que la paz *estalle* a la manera rusa y esto les desasosiega.

Y quisieran *adelantarse*...

Pero no pueden ponerse de acuerdo; la paz de cada uno se opone a la de todos.

El que más se ha distinguido en esas declaraciones pacífico belicosas ha sido el emperador de Yanquilandia, pues ha promulgado nada menos que los «catorce mandamientos de la ley de la paz».

Los mandamientos de la ley de Dios solo son diez. ¡Esos yanquis todo lo hacen siempre más grande que los demás!

Y, naturalmente, los mandamientos de la ley de la paz... *wilsoviana* tiene la misma virtualidad para acabar con la guerra que los mandamientos de la ley de Dios para acabar con los pecados que prohibe, entre ellos el de matar y el de robar...

Que es lo que se hace en la guerra.

—

Por lo que se refiere a España el año que empieza se ha demostrado con manifestaciones de hambre y se presenta muy negro, apesar de que el carbón no se ve por ninguna parte y apesar de la claridad con que se ven los causantes del general malestar para aplicarles la *solución*, o, mejor dicho, la disolución.

El hambre se manifiesta ya tumultuosamente por las calles...

¿Cómo transcurrirá en España el año que

¡Quién sabe! Solo sabemos que mientras se carece de lo necesario, los almacenes están repletos de todo; que a falta de carbón buenos son otros combustibles si se les prende fuego, y a falta de luz por la noche, bien alumbran las teas y las hogueras.

El año actual se ha presentado en España negro, muy negro. Pero nos parece vislumbrar en la negrura algunos destellos rojizos...

## Que haya una catástrofe más, ¿qué importa al Gobierno?

A consecuencia del despido de 6.000 ferroviarios expulsados del trabajo, con la aquiescencia del Gobierno «renovador», por haber cometido el delito de estar legalmente asociados y haber ido a la huelga cumpliendo con todos los requisitos que la ley señala, no pasa semana sin la correspondiente catástrofe ferroviaria, debida al mal estado del material de máquinas por falta de reparaciones y por la impericia de los infelices que van sustituyendo a los huelguistas.

En la hasta ahora última catástrofe, habida en Medina del Campo, han resultado trece muertos y 16 heridos, por efecto de la explosión de la caldera de la máquina.

Desgraciadamente el maquinista, uno de los muertos, no era el duque de Zaragoza, que solo trabaja en tiempo de huelga acompañado por la guardia civil.

El duque esquirol no ejerce actualmente de maquinista de tren.

¡Qué lástima!

## Nuevo «lock-out»

Han sido expulsados de su oficio y gremio los sargentos y brigadas que habían constituido, como sus superiores, un sindicato o junta de defensa de sus intereses de *clase*.

Los *superiores* asociados no han querido reconocer la asociación de los *inferiores* y les han aplicado una especie de *lock-out*, metiendo de patitas a la calle a los más significados.

Los despedidos han reclamado inútilmente ser repuestos en sus respectivos cargos.

Podrían apelar al Instituto de Reformas Sociales que el Gobierno creó precisamente para estos casos análogos...

Pero no; nada conseguirían. A los ferroviarios les sucedió otro tanto que a los sargentos, y el célebre Instituto no ha hecho nada.

Y es que éste ha fracasado.

Y el sindicalismo militar también.

## Muy bien, pero...

Hace unos días decía *El Parlamentario* en un suelto titulado «Una enorme vergüenza»:

«No es cierto que haya albergue para los menesterosos.

Esta misma tarde hemos hablado con un anciano, persona decente, no mendigo de profesión, el cual, queriendo hallar hospitalidad en Santa Cristina, acudió a las autoridades. Le han dicho:

—No hay camas. Sólo tenemos 400, y los solicitantes pasan de 2,000.

Hace un frío intenso, glacial. Ese hombre se morirá de frío cualquiera de estas noches. Y habremos asistido a un nuevo crimen social.

Ante estas cosas se concibe la dinamita.

Y a todo esto se siguen proveyendo los cargos por orden de turno amistoso riguroso.

¡Qué asco de país y qué cobardía la de los miserables!»

Muy bien. Esto es una verdad más grande que el *Templo de las Leyes* parlamentarias.

Pero cualquier día se les ocurre a esos miserables *materiales*, no ya emplear la dinamita, que no podrían obtener por falta de recursos, sino solamente apoderarse de cuanto necesiten para abrigarse y alimentarse saqueando los almacenes, y entonces veríamos a la prensa burguesa que ahora se indigna ante tan enorme vergüenza, condenar con mayor indignación aún, los «actos de pillaje» contra la «sagrada propiedad» cometidos por esas «hordas vandálicas» para las que pedirán el exterminio inmediato...

Y entonces, al demostrarse los miserables *morales* contra los *materiales*, veríamos trocada la «enorme vergüenza» en *enorme desvergüenza*.

## Ilogismo

Recortamos de *El Liberal*, de Barcelona, y de un artículo titulado «El hambre y la hartura»:

«La cotización de las acciones navieras en Bilbao a fines del año actual, en relación con igual periodo de 1915, es la siguiente:

Naviera Vascongada, se cotizaban sus acciones a fines de 1915, a 1,120; ahora valen 1'605. Marítima Unión, 1'075 y 3'020, respectivamente. Marítima del Nervión, 1,770 y 3,518. Bachi, 325 y 2'700. Cantábrica, 527'50 y 740. Vasco Cantábrica, 505 y 1,510, y Sota y Aznar, 3,800 y 3'390.

Aunque estas últimas acciones señalan baja respecto de 1915, es sólo aparente, pues esta sociedad, en agosto de 1916, repartió a sus accionistas, por cada acción antigua, tres nuevas de igual valor nominal, y, por tanto, el cambio de 3,390 pesetas en fin de 1917 equivale a ¡10,170! respecto de las acciones que existían en el año 1915.

También debe advertirse que a fines de 1915, fecha tomada como término de comparación, las navieras de Bilbao habían experimentado ya un alza fabulosa respecto de las cotizaciones anteriores a la guerra.»

Y seguidamente *El Liberal* añade:

«Como se ve, los desastres de la guerra no han llegado a todas partes; la desolación y la ruina en que se aniquila el mundo está representada para algunos por ríos de oro que afluyen desbordantes a sus arcas. Las privaciones y la miseria en que la guerra tiene también sumida a nuestra patria, se convierten para algunos de nuestros conciudadanos en la abundancia y la hartura.»

Y ahora decimos nosotros:

*El Liberal* no ignora que esto sucede aún en mayor escala en las naciones beligerantes, y sin embargo, este periódico se ha mostrado siempre partidario de la intervención de España en la guerra...

Sin duda para que paralelamente a «los ríos de oro que afluyen desbordantes» a las arcas de los ricos, se unieran ríos de sangre de los pobres, con cuyo líquido nadaran aún más en la «abundancia y la hartura» algunos y aun muchos de nuestros *compatriotas*.

Además, *El Liberal* no ha cejado de insultar y calumniar a los maximalistas rusos que han iniciado acabar de una vez con los «desastres de la guerra» que es «la desolación y la ruina en que se aniquila el mundo»... proletario e indigente.

¡Oh, ilogismo de la prensa burguesa! Mereces estar en un manicomio exprofeso.

## Falta de huevos

De un telegrama de Valencia:

«La escasez de los huevos es grandísima». Esto es muy cierto.

Pero esto no es sólo en Valencia donde sucede. Hacen falta huevos en toda España. Y

Y, no obstante, ¡las gallinas ponen los mismos de siempre!

Triste paradoja es que las gallinas tengan más huevos que los hombres.

# ANTROPOCULTURA

Kant fué el primero que abordó la cuestión del cultivo de la inteligencia por uno mismo, en los términos que abarca la palabra antropocultura. Nietzsche, después, fué aun más explícito en explicar la amplitud y multiformidad del concepto. No quiero decir con esto, que antes de haber escrito los citados filósofos la teoría de que el hombre debe culturarse a sí mismo, no existiera en mayor o menor extensión esta forma de elevarse individualmente los hombres. Unicamente trato de señalar el hecho de haber sido los dos autores nombrados, los primeros que llevaron a los libros, de manera clara y terminante, la necesidad de que sea uno, por propio esfuerzo, quien eleve su nivel moral cultivando la inteligencia, adquiriendo una cultura superior que no esté en contradicción con el temperamento, con las ideas, con las concepciones morales, que también, y a un mismo tiempo, habían de ser culturadas.

Un humorista español, Silverio Lanza, allá en los últimos años del siglo pasado, fué el que buscó al vocablo, desconocido entonces en España, una explicación o significación apropiada. Aquella teoría de Kant y Nietzsche, fué llamada por él, en castellano, «Antropocultura». Lo que quiere decir, cultura del hombre. Y como la teoría afirmaba que el hombre ha de culturarse a sí mismo, la palabra, pues, tiene este amplio significado. Cultura del hombre por propio y único esfuerzo. Así lo expresó el mismo Silverio Lanza, así lo ha expresado después Azorín, único escritor español que se ha ocupado, algunas veces, de esta cuestión.

Los diccionarios, siempre enemigos de todo progreso o evolución, aun no han admitido la palabra compuesta, aunque sus raíces tienen ya de tiempo un inmenso campo en el lenguaje español.

Ahora bien: ¿Qué ideas han sido las que en Europa han propagado y adoptado, en todos los casos, la teoría de culturarse a sí propias, de no admitir ninguna cultura ya hecha, de no aceptar en modo alguno la cultura corriente, que no es en verdad una definitiva y amplia elevación?

Ni las ideas de Kant, fundador de la teoría; ni las del mismo Nietzsche, pese a su individualismo que la amplió; ni las de Silverio Lanza, que puso el vocablo en lengua castellana; ni las de Azorín, que en diferentes ocasiones se ha ocupado del asunto.

Las únicas ideas que han puesto en uso, desde todos los puntos de vista y en sus múltiples y variados aspectos, la por demás interesante y progresiva forma de instruirse, han sido las ideas ácratas.

Desde Bakounine a nuestros días, ningún libertario ha admitido la cultura que se da en las escuelas y Universidades, que se ofrece en los libros y en los Ateneos. Han sido ellos que a fuerza de estudio, de meditación y de reflexión se han creado una cultura propia, en contradicción siempre con las demás culturas, con las otras instrucciones que los hombres reciben de ajenas inteligencias.

Se han aprovechado, claro está, de todo lo ajeno, para sacar de ello las lecciones que diera; pero han rechazado las otras lecciones que en lugar de darse pretendían imponerse; los ejemplares que en vez de elevar la moral, trataban de adaptar al ambiente el pensamiento, fueron rechazados. Y así cada uno de los nuestros, de aquellos que amaban las grandes idealidades, se alzaba algunos palmos por encima de la multitud en la que estaban incluidos los que siempre se llamaron maestros de cultura, de civilización, de progreso. Ellos no admitían maestros; se habían creado ya una cultura propia, que, por el hecho de ser así, descollaba más alto que todas las demás.

Así triunfaron ellos. Así impusieron al mundo, que no se atrevía a discutirlas, sus ideas, su moral, la aspiración grandiosa de implantar en la tierra una sociedad de paz y de armonía, sustentadas por aquella cultura, generada al calor de grandes ideales, que se apoyaba en ejemplos de aquí, en lecciones de allá, en filosofías de acullá.

Pero aquellos que filosofaron, dieron lecciones u ofrecieron ejemplos, se quedaron rezagados, no tenían una tan amplia cultura, no fueron ellos mismos que se la crearon; se la habían dado ya hecha y lo único a que en realidad podían atreverse, era a refinar o agrandar aquella misma cultura, extender y expandir la cultura que habían recibido antes.

Por eso ningunas ideas, ni aún las mismas que fundaron y estudiaron la teoría antropocultural, la siguieron en todas sus manifestaciones.

Bucead un poco en la vida de los propagadores del anarquismo y observaréis que todos se habían elevado a sí mismos; que todos se habían creado son su esfuerzo, a fuer de meditaciones, de reflexiones y de estudios, una cultura propia. Por esta causa les fué dado imponer sus concepciones. Por este motivo nadie osaba salirles al paso para rebatir sus ideas.

¿Qué hemos hecho nosotros de todo esto? ¿Adónde hemos aportado la gran lección que nos dieron?

Ahora combatimos muy a menudo la cultura de los demás, ¿pero nos hemos cuidado antes de culturarnos nosotros?

Si alguien tomara en serio nuestras críticas y nos saliera al paso, ¿podríamos rebatir con argumentos incontrovertibles el combate que nos hiciera? ¿Contamos con una cultura propia para contender con aquellos a quienes a voces llamamos ignorantes? En realidad, ignorantes son, pero es muy fácil que no contáramos con razones elevadas para probarlo. El fracaso sería ruidoso, ya que en verdad no puede ni debe ser así, porque nadie va más allá que nosotros en ningún aspecto, en ninguna cuestión; porque nada soluciona las múltiples cuestiones morales, materiales e intelectuales, con tanta amplitud como las ideas que sostenemos.

Pero hace falta poner a gran altura estas ideas; en lo moral, en lo material y en lo intelectual. De lo contrario serán arrolladas. Triunfarán otras más pobres, más vulgares, más mediocres, sobre estas que son tan elevadas, que son tan grandes, que son tan amplias. Y triunfarían aquellas, ved que paradoja, por haber invadido el campo de éstas lo que es peculiar al otro lado: la vulgaridad, la mediocridad, la bajeza.

Hay que reaccionar sin pérdida de tiempo; hay que estimar más el valor de la cultura; precisa que como a una flor magnífica, cultivemos nuestra inteligencia. Urge seguir el ejemplo de los anarquistas que en otro tiempo contendieron frente a todos. Creémonos una cultura propia. Seamos antropocultores. Adoptemos en toda su amplitud y magnificencia la palabra, el significado de la palabra antropocultura. Cultivemos nuestra inteligencia, ese jardín que ahora apenas si da flores.

DIONYSIOS

# LA CONVICCIÓN

No hay convicción tal que, una vez adquirida, debas dejar de trabajar sobre ella. Porque, aunque su fundamento de verdad sea para ti el más firme y seguro, nada se opone a que remuevas, airees y retemples tu convicción, y la encares con nuevos aspectos de la realidad, y muestres su fortaleza en nuevas batallas, y la lleves contigo a explorar tierras del pensamiento, mares de la incredulidad y de la duda, que ella puede someter a su imperio engrandeciéndose; ni a que, corroborándola dentro de ella misma, te afanes para hacer más fuerte y armónica la conexión de las partes que la componen.

Pues, si ella es la verdad ¿no es deber tuyo entrar cada vez más adentro de la verdad, y adherirte a ella, en cuanto sea posible, por más motivos de convencimiento y amor? Trabaja, pues, sobre la convicción adquirida; relaciónala con nuevas ideas, con nuevas experiencias, con nuevas instancias de la contradicción, con nuevos espectáculos del teatro del mundo. Si ella resiste y prevalece ¿cuánto más probada no quedará su energía? ¿cuántos más elementos no habrá conquistado y sojuzgado, ordenando a su alrededor, por su propia virtud y eficacia, todas las cosas con que la pusiste en contacto? La convicción más firme será la que más multitud de ideas mantenga en torno suyo y alcance a unir en más ceñida y concorde relación. Todo lo que vive y progresa se mueve doblemente en el sentido de una mayor complejidad y un mayor orden. Si sólo te preocupa perfeccionar la unidad y el buen arreglo de tu convicción, sin agregarle elementos de afuera que la extiendan y reanimen, caerás en el automatismo de una fe bien disciplinada, pero estrecha. Si sólo atiendes a aumentar la provisión de ideas de tu espíritu y no cuidas de repartirlas y ordenarlas, caerás en el desorden del pensamiento contradictorio y tumultuoso. Pero cada idea que ganes para tu mente, si aciertas a ponerla en adecuada relación con la idea superior y maestra que ocupa el centro de tus meditaciones, será un lazo más que asegure la estabilidad de esta última, como nueva raíz que se desprende de ella y se entraña en el seno de las cosas.

Aun cuando supieras que nunca habías de abandonar la posición actual de tu espíritu, sino que reposarías de por vida en lo que ahora juzgas la verdad, no por eso deberías soltar de la mano los instrumentos de la investigación y del juicio, como el obrero que da por terminada su tarea: la tarea tuya consistiría, desde entonces, en extender las relaciones de tu verdad; en adaptarla a lo nuevo que trae consigo cada hora; en amaestrarla, como ave de altanería, para la caza del error; en propender a que ella envolviese en sus anillos una completa y bien trabada concepción del mundo.

Pero nadie puede afirmar: «Esta es mi fe definitiva», y cuando llevamos adelante ese empeño de airear y ejercitar la convicción de nuestra mente, y se levanta ante nosotros una idea que no sólo se niega a subordinarse en forma alguna a aquella convicción, sino que, planteado el conflicto, la resiste, y la hiere en lo íntimo de modo que no podemos escudarla ¿qué queda por hacer sino declarar la vieja potestad vencida, y pasar a la idea nueva el cetro de nuestro pensamiento, si hemos de proceder en estas lides según la viril y caballeresca ordenanza de la razón?...

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

LO QUE HOY HACE RUSIA

# LA EXPROPIACIÓN

Ningún problema tiene tanta importancia como el que vamos a tratar, y por eso invitamos a nuestros compañeros a estudiarlo bajo todos sus aspectos, y a discutirlo constantemente en vista de que su realización se impondrá más pronto o más tarde. De aplicar bien o aplicar mal la expropiación depende el éxito definitivo o el fracaso temporal de la revolución.

Nadie, en efecto, entre nosotros, debe ignorar que toda tentativa de revolución está condenada al fracaso anticipadamente, si no responde a los intereses de la mayoría y halla el medio de satisfacerlos. No es suficiente defender un noble ideal. El hombre no vive solamente de grandes ideales, elevados y elocuentes discursos, sino que además necesita pan: el estómago tiene más derechos que el cerebro, pues es él quien da vida a todo el organismo. Así, pues, si al día siguiente al que estalle la Revolución las [illegible] populares no tienen más que frases p[illegible] alimentarse; si no reconocen con hechos de tangible evidencia que la situación se ha transformado ventajosamente para ellas, comprenderán muy pronto que no han adelantado nada. Sólo quedará del movimiento una disolución más que nos obligará nuevamente a unirnos a la ingrata tarea de Sísifo, dando vueltas a la roca eternamente.

Para que la revolución sea algo más que una palabra; para que la reacción no nos arrastre desde el día siguiente a la situación de la víspera, es preciso que la conquista del día valga la pena de ser defendida; que el miserable de ayer no sea hoy miserable. Recordemos aquellos cándidos republicanos de 1848 soportando «tres meses de miseria por servir al Gobierno provisional». Estos tres meses de hambre fueron aceptados con entusiasmo, y no les faltó el pago a su debido tiempo con la *leal* moneda de la metralla y la deportación. Los desgraciados habían creído que con los penosos meses de espera había tiempo suficiente para redactar las leyes bienhechoras que debía transformarles en hombres libres, asegurándoles, mediante su trabajo, el pan de cada día. En vez de pedir, ¿no hubiera sido más práctico tomarlo? En vez de esperar la redención de un Gobierno ¿no es preferible procurársela uno mismo?

Y no es que el espíritu de sacrificio no sea una noble y hermosa condición; pero esto no es sacrificarse por nada santo, sino al contrario, traicionarse a sí mismo, abandonar en su desgracia a cuantos vienen con nosotros. Que los combatientes mueran está bien, pero al menos que su muerte sea útil. Que los hombres generosos se sacrifiquen, nada más justo y humano; pero es preciso hacerlo de modo que las multitudes se aprovechen del sacrificio de los bravos y los buenos.

Sólo la expropiación puede satisfacer la gran masa de desgraciados y oprimidos. De la teoría hay que hacerla pasar a la práctica; pero para que la expropiación responda al principio de dar todo a todos suprimiendo la propiedad privada, es preciso que se realice en vastas proporciones. La expropiación en pequeño no pasaría de ser un vulgar pillaje; en grande es el principio de la reorganización social. Seríamos, sin duda, unos supinos ignorantes de las leyes de la historia, si creyéramos que, de un solo golpe, todo un vasto país podía convertirse en nuestro campo de experiencias. Francia, Europa, el mundo entero no se harán anarquistas por una transformación inmediata; pero tenemos por un lado la maldad de los Gobiernos, sus ambiciones, sus guerras, la bancarrota que a todos amenaza, y de otro lado la propaganda incesante de las ideas; uno y otro producirán desequilibrios en el orden social; revoluciones durante las cuales podremos trabajar para nuestra causa. ¡Cuántas veces los revolucionarios han sido sorprendidos por los acontecimientos, y han visto pasar momentos muy oportunos para defender prácticamente sus ideales sin poderlos utilizar!

Pues bien, cuando estos días vuelvan, a nosotros corresponde precipitar su llegada; cuando toda una región, cuando grandes ciudades con sus arrabales se hayan emancipado de sus gobernantes, nuestro trabajo está trazado; lo primero es poner a disposición de cada comunidad los instrumentos de trabajo, y que el «haber» social detentado por los particulares vaya a poder de sus verdaderos dueños; que todo el mundo tenga parte en el consumo; que la producción pueda hacerse con todo lo que ella tiene de necesaria y útil, y que la vida social, lejos de verse interrumpida, tome más empuje y energía. Sin la tierra que nos da las substancias de la vida; sin los almacenes que encierran los productos acumulados del trabajo; sin las fábricas y talleres que producen telas, metales labrados y mil objetos de la industria y el arte, así como sin los medios de defensa, sin los caminos de hierro y otras vías de comunicación que nos permitan el cambio de productos con las ciudades libres, con las aldeas y los pueblos emancipados, y para combatir además con nuestros esfuerzos de resistencia y ataque, sin todo esto, estamos condenados anticipadamente a perecer como el pescado fuera del agua, sin poder respirar sumergido en el océano inmenso del aire.

Recordemos la huelga de maquinistas de los ferrocarriles que tuvo lugar en América hace algunos años. El público en masa reconocía la justicia que asistía a los huelguistas; todo el mundo estaba harto de las insolencias de las compañías y se alegraba de verlas reducidas a la decisión de sus obreros. Pero cuando las compañías, dueñas de las vías y las locomotoras, no pudieron servirse de ellas; cuando todo el movimiento de cambio fué interrumpido; cuando los víveres y géneros de toda clase aumentaron de precio, la opinión pública cambió de rumbo. «Más que las compañías que nos explotan y fastidian, nos perjudican esos huelguistas, por cuyas pretensiones morimos de hambre». Así expresaba la multitud su última opinión, y debemos tenerla muy en cuenta. Es preciso que todos los intereses de la masa general queden a salvo en estos conflictos y que sus necesidades, al mismo tiempo que sus intintos, sean completamente satisfechos.

Por eso no es suficiente reconocer el principio; es preciso aplicarlo.

La estupidez pone en boca de nuestros enemigos la siguiente necedad: «intentad tocar su pequeña parcela al campesino, o sus pobres efectos al obrero y veréis como os reciben con la hoz o el bastón en la mano». ¡Muy bien! Pero ya lo hemos dicho en otra parte: no tocaremos jamás la pequeña propiedad del campesino o el obrero. Nos guardaremos mucho de atacar a nuestros mejores amigos, a los que sin saberlo hoy serán mañana nuestros aliados más entusiastas. La expropiación se hará en beneficio de ellos. Sabemos que existe un término medio de rentas y que los que viven bajo de éstas sufren escasez y penuria mientras que los que gozan de más que este término medio derrochan en lo superfluo cuanto les permite la cuantía de su fortuna. En cada ciudad, en cada pueblo varía el número de los que viven en la abundancia y los que sufren en la miseria; pero el instinto popular no se engañará, y sin que sea necesario hacer estadísticas ni en bueno ni en mal papel, llenar de cifras muchos ni pocos volúmenes, el pueblo sabrá hablar en su bien. En esta *hermosa* sociedad, una pequeña minoría se ha adjudicado a sí misma lo más sano de las rentas nacionales, con las cuales se ha construído palacios y creado sitios de recreo en todas partes; y con el nombre de moneda, billetes y otros papelotes acumula en la banca todo cuanto representa el valor del trabajo humano. Esto es precisamente lo que hay que secuestrar y, de un solo golpe se liberte al pequeño propietario campesino, cada uno de cuyos árboles está gravado con una hipoteca; al pequeño tendero que vive abrumado por la amenaza constante de los vencimientos y a toda esa multitud desgraciada que carece del pan cotidiano. De no proceder así, ¿puede ignorar esta multitud que del día de la expropiación depende el quedar libre o continuar miserable en eterna ansiedad? ¿Obrará cuerdamente o bien consentirá la candidez de nombrar un gobierno provisional, compuesto de gentes de cutis fino y lenguas bien «habladas» para que se encargue de *decretar la libertad*, en vez de emanciparse ella misma? ¿No habrá peligro de que substituya los antiguos amos por otros nuevos? ¡Si quiere que su obra esté bien hecha debe la multitud hacerla ella misma; si quiere ser traicionada que la confíe a delegados!

Sabemos que no basta con tener razón. No es lo suficiente el que los interesados lleguen a reconocer sus derechos, que son los de no vivir continuamente con la preocupación del porvenir y sin la humillación que representa obedecer a un amo; es preciso además que las ideas hayan cambiado con relación a la propiedad y que la moral correspondiente se haya modificado en consecuencia. Es preciso comprender sin vacilación ni reticencia moral, que todos los productos que constituyen el ahorro y los instrumentos del trabajo humano son debidos al trabajo solidario de todos, y no pueden, no deben tener más que un solo propietario: la humanidad. Hay que ver con claridad lo que realmente es la propiedad privada; un robo consciente o inconsciente al «haber» social de todos. Debemos secuestrarlo alegremente en beneficio de todo el mundo cuando llegue la hora de la reivindicación. Durante las revoluciones pasadas, cuando se trataba de reemplazar un rey de esta familia por la de otra cualquiera o de substituir por abogados «la mejor de las repúblicas», los propietarios sucedían a los propietarios y el régimen social no cambiaba en nada su fondo. Los carteles «Pena de muerte al ladrón» fijados en las puertas de los palacios, estaban en perpetua armonía con la moral corriente y más de un pobre que tuvo valentía para apoderarse de unas cuantas pesetas o simplemente de un pan de la tahona fué fusilado como ejemplo de la *justicia* del pueblo. Y el digno verdugo, encarnación de toda la infame solemnidad de las leyes que los acaparadores han redactado para defender sus propiedades, enseñaba con orgullo el cadáver yerto sobre los peldaños del palacio, y el público lo aclamaba como un vengador del derecho. Los carteles de 1830 y de 1848, no se volverán a ver más en las ciudades sublevadas. Donde todo pertenece a todos no hay robo posible.

«Tomad cuanto necesitéis, pero no derrochéis, porque todo esto os pertenece y luego tendréis necesidad». Pero destruid todo cuanto debe ser destruído, bastillas y cárceles; las murallas que cierran las ciudades y los barrios insalubres donde tanto tiempo os habéis envenenado con su ambiente. Instalaos en los palacios y reducid a cenizas los infectos tugurios que os sirvieron de albergue. El instinto de destrucción, muy natural y justo, porque es al mismo tiempo el principio de renovación, hallará donde satisfacerse ampliamente. ¿Acaso no ha de rehacerse todo, casas, ciudades, instrumentos agrícolas e industriales, y, en fin, todo el material de la sociedad entera?

A cada acontecimiento de la historia corresponde cierta evolución en la moral humana. La moral de los iguales no es la misma que la del rico caritativo y el pobre agradecido. Para un mundo nuevo se necesita una fe también nueva, y lo que se anuncia es un mundo diferente al actual.

Nuestros adversarios lo dicen: «Los dioses se van», los reyes desaparecen, el respeto y los prestigios de la autoridad se van perdiendo en el espacio que conquista la dignidad humana. ¿Y quién reemplazará a los dioses, a los reyes y a los sacerdotes, sino el individuo libre, confiado en sus fuerzas? La fe desaparece. ¡Paso a la ciencia!

Los filántropos y la caridad sobran en la sociedad humana. ¡Paso a la justicia!

PEDRO KROPOTKINE

# El orden capitalista es el desorden

Cuando en un serio motín o en una acción revolucionaria, la prensa y las autoridades hablan del «restablecimiento del orden público», las gentes sencillas creen que ello significa la *solución* del conflicto. Pero cuando aun no han pasado dos días de haberse *restablecido* el *orden*, ven que todo queda y sigue como antes, y aun peor que antes de haberse alterado el orden.

Y es, que el orden que se impone al pueblo por medio de la fuerza armada, no es tal orden, sino el desorden anterior, para cuyo mantenimiento se impone dicha fuerza organizada por los varsovianos gobernantes.

El orden público, siempre que se altera, es debido al gran desorden que existe en todo lo que nos afecta en la vida material. Escasez, hambre, atropellos, injusticias...

¿Cómo vamos a acepter lógicamente como orden, el que millones de hombres que trabajan la tierra, carezcan de todo lo necesario para la vida, mientras los que la poseen jamás la cultivaron?

¿Cómo hemos de aceptar como orden, el que millones de hombres que arrancan del fondo de la mina los ricos tesoros de minerales, vivan peor que las bestias, mientras los explotadores, sin la menor exposición se hacen millonarios?

¿Dónde está el orden, cuando los millones de obreros manuales que en diferentes oficios construyen casas, muebles, ropas, vestidos, calzado, en fin, todo lo necesario para la vida, carecen, sin embargo de todo y ni aun mísera cabaña tienen para habitarla?

¿Qué orden significa el que un anciano, después de haber producido tanta riqueza durante sus años de energía, se vea después en la mayor indigencia?

¿Es *orden* el que los niños se vean abandonados por las calles, desnudos y descalzos, y rebuscando entre las basuras los residuos de las comidas para no perecer de hambre?

¿Puede alguien que raciocine algo, admitir por orden el que existan abarrotados en grandes almacenes, ropas, mientras las multitudes van desnudas y descalzas, y, mientras se mueren de hambre los que trabajan y producen, se pudran toneladas de comestibles por no obligar a los avarientos acaparadores a venderlo a precios módicos?

¿Puede, en razón, llamarse orden, el que para mantener este estado de desbarajuste, se arranque de los campos, fábricas y talleres, a millares y millares de hombres para empuñar las armas, armas infames y fratricidas, y a cambio de eso se les pague mejor que a los que trabajando producen alimentos, ropas y casas para todos esos parásitos desertores del trabajo?

¿Dónde está el orden al lanzar a los hombres a esas guerras para matar y hacerse matar contra otros hombres que, como ellos, fueron arrancados del campo, de la fábrica y del taller, donde también eran explotados, y que ningún daño ni ofensa se habían inferido?

¡Oh! ¡El orden burgués! ¡El orden autoritario! El orden actual no es tal orden, sino todo lo contrario...

Hay que proclamar muy fuerte que el orden que se nos impone en el actual régimen capitalista, no es otra cosa que el más desenfrenado desorden. Es el robo legalizado. Es la injusticia.

¡Sí! Es desorden el capital, por que el capital representa el producto del trabajo de millones de hombres vilmente robados en nombre de eso que nos hacen creer que es orden, y que se mantiene brutalmente por la fuerza de los fusiles, de los cañones, de las cárceles, de los presidios y de las horcas.

La propiedad es desorden, por que la propiedad representa el despojo de millones y millones de seres que tienen un perfecto derecho a ser partícipes de la riqueza mundial.

El privilegio de la enseñanza, es desorden, porque la enseñanza debe ser patrimonio de todos los seres humanos, que tienen perfecto derecho a nutrirse de la bienhechora ciencia.

¡No! En el régimen actual no hay orden, ni puede jamás haberlo.

El orden, como la Justicia y como la Libertad, sólo existirá entre los humanos, cuando la humanidad sea anárquica.

En tanto, nosotros los anarquistas, debemos en todas partes esforzarnos para hacer comprender, especialmente a los trabajadores, que el orden autoritario es el desorden.

Precisa esforzarnos para enseñar al pueblo a que tenga verdadera noción del sentido de las palabras, cómo es el orden y el trabajo.

Hay que proclamar muy fuerte que sólo en la Anarquía está el orden; y que sólo los anarquistas somos los que deseamos el orden; por que después de un detenido y libre examen, hemos sacado la consecuencia de que en el régimen capitalista de todo el universo, tanto en los países gobernados por monarquías como por repúblicas, por liberales y por federales que sean, los productores de todas las riquezas son los despojados de todo; y los improductores, los que nada producen, esos, en todos los países del mundo son los que todo lo poseen. Y sin embargo, en todas las naciones los gobiernos llaman pomposamente orden a ese despojo, a ese latrocinio, y para mantenerlo, disponen de miles y miles de hombres que en vez de contribuir con sus brazos a la producción, se hallan convertidos en policías, guardias, carceleros, verdugos, jueces, concejales, diputados, senadores, ministros y otras gerarquías más altas, para someter a los que producen a conformarse, de grado o por la fuerza brutal, al despojo de que son víctimas por parte de todos los que nada producen y todo lo poseen.

Y como nosotros, los únicos amigos del orden, o sea los anarquistas, entendemos que lo que reina actualmente es el desorden, que las multitudes inconscientes llaman orden, es por lo que, mal que pese a todos los que embrutecen al pueblo, hemos de enseñarle a éste a que llame a cada cosa por su verdadero nombre, hasta que se acostumbre a designar a los anarquistas por lo que somos: hombres de orden, pues queremos establecer sobre la Tierra el verdadero orden social que hoy no existe.

A. GUTIÉRREZ

DESDE FRANCIA

# La Guerra

## V. — Resultados morales de la guerra

¿Cuál es el resultado psicológico de ese ambiente de mentiras y de parcialidad en el que se ahoga desde hace tantos meses.

¿En qué estado de espíritu se encuetran los supervivientes de la pelea?

Nada puede aún conjeturarse de preciso, pero es probable que el verdadero guerrero, aquel en quien la guerra ha revelado una vocación, *vendrá a ser un loco peligroso*. Los nervios humanos no habrán podido resistir a tanta tensión.

He aquí, respecto a éste, un cuadro atroz de trastorno cerebral descrito por un gran periódico de París:

«...Babeando, congestionado el rostro... un marino jura que acabará con la vida de veinte boches, Y los cuenta a medida que su bayoneta se hunde: ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!, y así hasta veinticinco. Cuando ya no tenía más vientres boches que reventar, se vuelve contra sus compañeros; estaba loco...»

(*Le Journal*, 5-3-15).

***

El proceso del capitán Herail ha evidenciado los modales que la guerra implanta.

Recordemos este drama:

Un oficial mató a su esposa porque ésta, por amor, no podía separarse de él, y una orden superior obligaba a los oficiales a desprenderse de todos sus vínculos familiares. El amor ha sido aplastado por la disciplina. El hombre que ama ha dejado su lugar a la bestia que mata y la turba ha aplaudido ese asesinato.

Es de temer una recrudescencia del crimen brutal, teniendo el hombre, hoy más que nunca, la costumbre de derramar sangre humana.

La crónica de sucesos de los periódicos demuestra que Herail ha formado ya escuela.

***

¿Y qué decir del espíritu de delación que se ha desarrollado después de la movilización?

Tal mujer, dolorosamente mortificada por la ausencia del hombre amado, cree hallar una mitigación a su dolor denunciando a tal o cual hombre de su vecindad que no se halla en el frente, en la muerte.

Y depositando en el buzón de correos su innoble soplonería, espera esta mujer curar su sufrimiento cuando sólo suscita el dolor en otro.

El viejo adagio es ¡ay! verdadero aún.

«Si se meten varios gatos en un saco y se agita éste, esos animales se despedazan entre sí; pero ni uno pensará en arañar la mano que mantiene el saco».

Los humanos razonan como esos animales.

En vez de negarse, por su actitud rebelde, a la explotación, a servir el juego de los financieros en el campo de batalla, nuestros contemporáneos prefieren resignarse cobardemente a ser carne de trabajo y carne de cañón; hasta se constituyen *voluntariamente* en auxiliares de los burgueses, los verdaderos enemigos, arrojando en el rescoldo a quien intenta evadirse.

El espectáculo no puede ser más desmoralizador: los hijos de los ricos, a parte excepciones, están más o menos disimulados, mientras que los campesinos y los obreros hállanse en el frente o militarizados en las fábricas de guerra.

Los campesinos, sobre todo, porque no tienen altas influencias ni especialidades metalúrgicas, son los destinados a la acción destructora de las ametralladoras.

Ese estado de cosas es un escándalo; pero lo que es aún más inmoral es que víctimas de la guerra satisfagan un sentimiento de baja venganza o de envidia delatando a los que se sustraen a la muerte segura que les espera.

## VI.—¿Terminará la guerra?

Si la guerra actual fuese solamente una guerra política ya hubiese terminado.

Mas no se trata de una guerra dinástica sino de una *guerra liberticida* con injertos de *guerra religiosa y económica*.

En los países beligerantes y en Francia particularmente, las pocas libertades de que gozaban los trabajadores fueron suprimidas desde los comienzos. El derecho a pensar ha sido abolido y el menor gesto de rebeldía se castiga con la muerte.

En el frente no se cohiben los jefes matando a quien carece de celo o a quien insinúa su disgusto.

En los talleres militarizados, el sólo hecho de abandonar el trabajo se castiga con años de reclusión, lo que viene a legalizar la servidumbre industrial.

Los capitalistas aprovechan de la guerra para implantar en Europa la mano de obra africana y asiática. Las cábilas, tratadas como bestias de carga, cultivarán los campos mientras que los anamitas confeccionarán obuses con docilidad...

El equilibrio se restablece... Los dividendos no han disminuído, sino todo lo contrario.

El pueblo puede regocijarse: no se le omitirán ni los discursos rimbombantes, ni las felicitaciones, ni las medallas, ni siquiera las placas conmemorativas, recuerdos de su resignación, de su cobardía.

Sin embargo, después de la sangría, continuará la era de prosperidad financiera, en la que los burgueses no temen ya las revueltas populares.

El clero edificará santuarios-fábricas, captará los espíritus que la guerra ha hecho vacilar y los modelará a gusto de los explotadores.

Los galones, vencidos o victoriosos, serán los amos ante quienes habrá que someterse. (1)

## VII.—Conclusión

En las páginas precedentes hase demostrado como los burgueses, desencadenando la guerra, han llegado a ser los amos absolutos y como el pueblo está mantenido en la esclavitud.

*La guerra ha sido deseada por la burguesía que temía el internacionalismo de los explotados.*

*La guerra ha sido preparada por el clero.*

*La guerra realiza los ensueños de oro de los capitalistas, de los fabricantes de blindajes y de acorazados.*

*Los periódicos han creado la opinión siguiendo las órdenes del Estado.*

Las matanzas, las muertes, las violaciones y los saqueos continúan.

La explotación y la miseria aumenta todavía el sufrimiento general.

El trabajador no es sino un ser impotente, un juguete entre las manos del Estado; el Estado mismo no es otra cosa que una vasta oficina que centraliza todos los deseos de los ricos, legalizándolos para que sean inmediatamente ejecutados por la coacción del hambre o la fuerza del plomo.

***

¿Qué importan, pues, a los pueblos, los pretextos diplomáticos con los que se le burla desde largo tiempo?

Los documentos oficiales de historia contemporánea y los telegramas de cancillería que publican los periódicos, revelan que detrás de las declaraciones pacifistas de los gobiernos se preparaba metódicamente la guerra, esta guerra, deseada por los amos y aceptada cobardemente por los pueblos.

Y se invoca la libertad, la igualdad y la fraternidad. El Estado puede grabar esas tres palabras en los frontispicios de los establecimientos públicos; la libertad no por eso dejará de ser una ilusión cruel: libertad de morir de hambre, libertad de dejarse matar según el buen deseo de los amos. La igualdad y la fraternidad se evaporan ante el espectáculo del andrajoso condenado a eterno trabajo, mientras que el amo, su compatriota, se pavonea en auto con lo superfluo que le procuran sus millones.

Las mentiras se superponen, pero el edificio social podría hundirse.

¿Aceptará el pueblo por mucho tiempo aún las vanalidades con que se le llena el cerebro?

El hombre, aunque ya bastante atrofiado por la esclavitud, la servidumbre y después el salario, ¿se dejará aniquilar completamente, según plazca a parásitos y chanchulleros?

¿Continuará dejándose tratar como máquina de producción y como artefacto para matar?

*Los gobernantes ordenan su propia conducta según el espíritu de las muchedumbres.*

Mientras las turbas repitan que la guerra durará mucho tiempo, los gobernantes reiterarán las proclamas de «hasta vencer»: pero si el pueblo exterioriza su disgusto y su odio a la guerra, los tratados de paz no tardarían.

Los que han conmovido por las concepciones de independencia, características de estos últimos años, no pueden desaparecer definitivamente.

(1) Los gobernantes que pretenden luchar contra el *militarismo prusiano*, instauran actualmente en Francia e Inglaterra las costumbres que dicen combatir en sus adversarios.

La revuelta llega, poderosa y fuerte. Como ola impetuosa derribará los obstáculos, y ese día los ricos temblarán porque para ellos será la pérdida de sus privilegios, el fin de las fronteras, la desaparición de las zonas administrativas llamadas «Estados».

Esa revuelta será una realidad, pero hay que quererla.

¿El obrero es aún capaz para un acto de voluntad?

He aquí la cuestión.

Pero el obrero no ha comprendido aún; su cobardía le mantiene en la pasividad.

***

El hombre ha llegado a la trinchera, desde la que mata por orden, sin haber comprendido la razón.

Va a tomar parte en un ataque. Su espíritu vacila; sabe, sin duda, que no volverá más. Y entonces piensa en los que ha amado, en los que ama, a los que ha abandonado por orden. Derrama lágrimas...

Pero ¿qué hacer? Encuéntrase en una red de tupida malla en la que su voluntad se paraliza, impidiéndole hacer lo conveniente para recobrar su libertad.

¿Qué hacer? Hubiera podido sustraerse, pero ha hecho tarde; no pensaba hallarse hoy día en semejante situación. Y entonces duda ante la baja resignación o la suprema protesta.

Pero llega el momento del asalto: su pecho, como baluarte, va a oponerse al fuego de las ametralladoras o tal vez es él quien va a hundir el acero de su bayoneta en las carnes vivas.

La muerte ofrécesele en toda su fealdad.

Morir por morir, podría retroceder, podría negarse a obedecer, podría descargar su fusil sobre el jefe que le ordena matar...

Pero el insomnio y las privaciones impiden a su cerebro decidir su conducta.

El soldado ha renunciado a su voluntad y para romper las últimas revueltas se le embrutece aún más con una dosis de alcohol. Entonces ahóganse en el pobre parla todos sus recuerdos; sólo ve la trinchera, el cieno; sólo entiende una voz para lanzarse adelante; se lanza, como una pesadilla y amenazado por el revólver del oficial, produce la muerte, crea el sufrimiento, asesina a otros hombres que, por cobardía, como él, han descendido a la trágica función de máquina que mata...

***

*¡Trabajador, levántate!*

Tu enemigo no es el obrero alemán, ni el italiano, ni el austriaco.

*Tu enemigo es tu amo*, tanto si ha nacido en Francia como en Alemania, o en cualquiera otra parte del globo.

Opón a las criminales especulaciones de la Asociación de Bandidos, Burguesía, Clero, Financieros y Gobernantes, aliados para someterte, la Revolución Internacional de los Trabajadores.

*Opónles la rebeldía!*

*¡Cesa de ser máquina!*

*¡Niégate a ser asesino!*

*Sólo entonces reemplazarás los odios por el amor y colaborarás en una verdadera obra de civilización y de vida.*

*¡Adquiere consciencia de tu dignidad!*

*¡Conviértete en hombre!*

EL GRUPO «LOS REBELDES»

París, 1916-1917.


## "EN TIEMPO DE ELECCIONES"

*La aproximación de la farándula política, hace de actualidad este folleto, cuya divulgación recomendamos a todos los compañeros*

*Véndese en esta administración á 10 céntimos ejemplar.*


# La isla ignorada

Faleres, al entrar en el despacho del contralmirante, saludó, y después de una muda bienvenida sentóse cerca de la mesa ministro de resplandecientes molduras. Desde las altas ventanas, por encima de la cabeza de su jefe, veía toda la rada, los grandes acorazados flotando en el agua, las puntas de las blancas velas y la dilatación del horizonte hasta lo infinito. Sus ojos de soñador vagaron en la claridad dilucidada del cielo marino; a la izquierda, los aparejos de un buque de tres palos le produjeron una sensación del pasado, de las navegaciones antiguas, largas y peligrosas, gobernadas por el viento.

La voz del almirante que le hablaba suspendió su pensamiento. Díjole aquél:

—Querido niño, le he llamado para despejarle la cabeza.

—¿De verdad, señor almirante?

—Sí; soy amigo de su padre, conozco a usted desde niño, y me intereso por usted. Claro que esto no será una razón ni mucho menos para que yo pueda ser severo, pero antes de ir más lejos, deseo me dé cuenta del motivo que pueda haber de las quejas que se han formulado contra usted.

Colocó sobre sus labios la punta de un cortapapeles y mirando fijamente al marino, dijo:

—El comandante Raimundo de Morales, con quien ha hecho usted la travesía del Pacífico sobre la *Juno*, está descontento de usted. No es que no le estime como muy cumplido y buen oficial; no es que no reconozca las cualidades de energía moral y física que adornan a usted, pero se queja de las singularidades de su carácter y, lo que es más grave, de una casi negativa de obediencia de la que se ha hecho usted culpable.

Faleres contestó tranquilamente:

—Ya sé; es el asunto de las Marquesas...

Al ver su tranquilidad, el almirante se enojó.

—Precisamente; y yo no tomo la cosa con tanta tranquilidad como parece la toma usted. Veamos: el 25 de septiembre fué usted enviado con una misión con un bote y seis hombres para reconocer un grupo de islotes dependientes del archipiélago de las Marquesas que hasta ahora no habían sido visitados ni, por consecuencia, descritos; usted ha dado cuenta perfectamente de su misión, usted ha presentado notas topográficas excelentes, usted escribió una información que ha sido insertada en la *Gaceta* oficial... Pero he ahí que gracias a las habladurías de los marinos que acompañaban a usted, se sabe poco a poco que en el curso de este viaje de exploración, usted ha descubierto una isla que no ha indicado en ninguna carta marina; hacen estos hombres relatos mágicos de la riqueza de aquel Eldorado, exaltan la belleza y la dulzura de los indígenas, la abundancia que reina entre ellos... Se interroga a usted y contesta con subterfugios. La autoridad se enfada, se cambian correspondencias entre la comisaría y la *Juno*, y todo el mundo está de acuerdo que es de suma urgencia hacer conocer a aquellos pueblos las bienandanzas de la civilización; se dispone establecer el plan catastral de nuestra posesión, e importa que el territorio de la isla entre comprendido en él. Naturalmente, se dirigen a usted para pedirle exponga el sitio exacto de su descubrimiento y se choca con la más inexplicable mala voluntad por parte de usted: pretende usted no haber anotado la posición de la isla, desmiente usted los relatos de los marineros sobre su riqueza y su populación; se le destina a usted para conducir allí una expedición, porque sólo usted ha podido reconocer las corrientes del archipiélago y marcar las notas indispensables para guiarse en ese laberinto; pero pretexta usted una enfermedad y luego solicita una licencia. El comandante Raimundo no me ha ocultado que iba a dirigir con este motivo una información al ministro de Marina; mientras tanto, conociendo el interés que tengo por usted, me han rogado le hable y que exija de usted una justificación de su conducta; esta justificación la espero; sepa usted que estoy dispuesto a escucharle favorablemente, pero a juzgarle con severidad si sus explicaciones no me satisfacen.

Faleres levanta sus ojos soñadores que miran en la inmensidad de la bóveda grisácea del cielo, y dice, como escuchando una voz interior:

—Almirante, voy a exponerle la verdad, toda la verdad; usted me juzgará bien o mal. Partí, en efecto, el 25 de Septiembre con un bote aparejado en barca, pero que por razón de las corrientes que reinan en las islas marchó casi siempre a remo. Vi algunas tierras en donde la noción de los europeos había penetrado. Los salvajes que las habitan están en un estado de barbarie espantosa: la borrachera, el juego, el robo, las pasiones más odiosas y más viles les dominan despóticamente. Esas hordas salvajes, dominadas bajo el yugo de jefes armados de viejos mosquetes debidos a nuestra largueza, no tienen otro consuelo y otro recurso que el alcohol horriblemente adulterado que les ha sido vendido por los negociantes ingleses. En algunas conversaciones que pude tener con los indígenas, un nombre me enterneció y que pronunciaban aquellos seres con pesar, como el de una patria perdida o de un bien renunciado. Algunos me mostraron el Oeste con gesto vago y desolado repitiendo «Hawaïki, Hawaïki». En maorí esta palabra significa: «El país de la abundancia». La información que yo perseguía se hacía bastante difícil; a medida que mis investigaciones resultaban más precisas, la luz se hacía más confusa, se ocultaba. En fin, gracias a algunos litros de ron, por un viejo jefe conocí la existencia al Oeste de una tierra que ellos consideraban como su lugar de origen. Una noche, con gran misterio—porque él estaba bautizado y era cristiano—me mostró el promontorio sagrado de donde *los dioses habían descendido*, los dioses venían del Oeste con las hordas salvajes, de la tierra bendita de la abundancia: «Hawaïki, Hawaïki».

Resuelto a encontrar la isla perdida en la leyenda, me puse a la vela con una brisa larga que nos condujo rápidamente a alta mar. No habíamos aún corrido cuatro horas cuando las olas iban ya a romperse sobre una arenosa playa. A medida que avanzábamos los perfumes nos acogían, frescos y ligeros como caricias, la verdura de las selvas se extendía sobre la superficie de las olas, ruidos armoniosos encantaban nuestros oídos, y cuando anclamos, mucha gente salió de entre los árboles a recibirnos cantando y bailando.

Pasé allí los ocho días más dulces y más nobles de mi vida. La isla venturosa, Hawaïki, la tierra alimenticia, aquella cuyo recuerdo está fijo en la memoria de los marquesanos, es un paraíso de delicias. Los frutos de los árboles y de la tierra, nacidos sin cultura; los peces que llegan a la misma ribera; algunos animales a quienes matan, a la verdad raramente, bastan a la alimentación de los habitantes, sin que jamás puedan ni siquiera concebir la idea de un trabajo obligado, la necesidad de una fatiga. No necesitan hacer partes entre ellos, porque viven en la abundancia, y, por tanto, todo es de todos. Pero si este hecho de absoluta comunidad existe, ninguna ley lo impone, ningún principio formulado les aprieta ni les extravía, ninguna idea de justicia ni de injusticia les envilece. Almirante, he encontrado *el pueblo de la felicidad*. ¡Y se quiere que yo me haga el asesino de ese goce! ¡Que yo revele la posición exacta de la isla que la casualidad me ha hecho descubrir! Mañana se enviaría un comisario de marina con un recaudador de contribuciones... después de mañana... En lugar de tener que levantar los brazos negligentemente para coger el fruto que sacia y que refrigera a la vez, serán sumergidos en las profundidades de la tierra para arrancar el oro—, los ancianos me han dicho que la montaña lo encierra—para ganar un pedazo de galleta; en lugar de vivir en la pereza, en la ignorancia y en la comunidad, conocerán el trabajo, el estudio y el afrentoso sentimiento de la propiedad... Yo sería el demonio que destruiría aquel Edén, yo renovaría el atentado mitológico... No, almirante; ¡aún cuando mi carrera y mi porvenir dependan de eso, no lo haré!